

lo condenó sin oírle, sin recibir un testimonio (1). En la larga lucha que dividió á la Iglesia griega á propósito de la adoración de las imágenes, los emperadores nombraban y deponían los patriarcas; los sometían á sus voluntades ó los perseguían. Los obispos acabaron por ser juguete de los caprichos imperiales. Un concilio declaró válido el matrimonio adulterino de un emperador, por la razón de que el emperador no estaba sometido más que á Dios (2).

Montesquieu dice que «la fuente más perniciosa de todos los males de los Griegos es que nunca conocieron la naturaleza ni los límites del poder eclesiástico y del secular, lo cual hizo incurrir á ambas partes en continuos extravíos.» Pero esta confusión del poder civil y del poder religioso existía en la Roma antigua y no impidió su engrandecimiento y dominio sobre los pueblos. Creemos que el verdadero origen de la decadencia del cristianismo en el Imperio de Oriente es la decadencia de la raza griega. Los vicios de la antigüedad se perpetuaron en Constantinopla con los restos de la cultura antigua; la corrupción engendró el despotismo, y el despotismo arruinó la poca vida que quedaba á la sociedad. ¿Por qué no logró el cristianismo renovar las costumbres antiguas? Después del advenimiento de Constantino los Griegos se convirtieron en masa al Evangelio, pero siguieron siendo paganos por su espíritu, sus hábitos y sus vicios. El cristianismo no podía dar á aquellos seres degenerados, esclavos de sus pasiones, el deseo y la fuerza de la libertad; él mismo carecía del sentimiento de la libertad civil y política, y los hombres á quienes se dirigía hubieran sido incapaces de comprenderlo. La fatalidad arrastró á los Griegos á una decadencia inevitable; pero esta fatalidad era la expiación de sus faltas.

(1) TILLEMONT, *Memorias eclesiásticas*, t. XVI, p. 690.

(2) FLEURY, *Historia eclesiástica*, t. X, p. 1 y sig., 77 y sig.

### CAPÍTULO III.

#### MISION DEL BAJO-IMPERIO.

El Bajo-Imperio comienza con el final de la antigüedad, y su decrepitud se prolonga desde el siglo IV al XV. No tratamos de indagar las causas que produjeron su ruina; más bien se debe preguntar cómo ha podido sobrevivir por tanto tiempo al mundo antiguo de quien es el último residuo. Montesquieu encuentra la razón en las divisiones que debilitaron á los Árabes, en la invención del fuego griego, que permitió á los Griegos quemar las flotas de sus enemigos, y por último en sus riquezas, producto del comercio y de la industria. ¿Se habrá olvidado el ilustre historiador de la causa que dió á Bizancio su fuerza y su debilidad juntamente? Heredera de Roma, recogió en esta herencia la ciencia del gobierno que había permitido á una ciudad dominar el mundo; la administración romana ha sostenido al Bajo-Imperio. Se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomón, su cadáver se mantuvo de pie durante un año entero, mientras los demonios, á quienes por medio de la magia había obligado á trabajar en el templo, continuaban su tarea, creyendo que el gran mago estaba vivo todavía. Roma murió con la antigüedad, pero su cadáver se mantuvo en pie durante diez siglos; los pueblos lo creían vivo y seguían obedeciéndole. El poder del genio romano es más admirable en su decadencia que en su grandeza; sostuvo durante mil años un Imperio que no tenía ningún elemento de vida.

Los historiadores y los filósofos agotan su ingenio buscando

expresiones de desden para calificar esta decrepitud secular. Herder llama infame á la época bizantina (1). Un historiador alemán dice que hay pocos anales tan espantosos, tan horribles como los de Constantinopla (2). Los escritores católicos, principalmente, se ensañan con los desdichados Griegos, culpables del primer cisma que ha desgarrado la unidad católica; comparan el Bajo-Imperio con un cadáver vestido de púrpura (3): «Su historia, dice el conde *De Maistre*, cuando no inspira horror, inspira compasion; diríase que la lengua francesa ha querido hacer justicia á este Imperio, llamándolo *Bajo*» (4). ¿Qué explicacion dará la filosofía de la historia de esta agonía de mil años?

Los historiadores de la Iglesia ven en las desgracias que abruma á los Griegos durante tantos siglos un castigo divino por su cisma (5). Pero el cisma no es un crimen; el Oriente se ha separado del Occidente por una diferencia de raza y de civilizacion. Hay ciertamente un juicio de Dios en la agonía secular de una nacion illustre. Al ver los desastres de la guerra extranjera y las desgracias mayores aún del despotismo interior que pesan sobre los Griegos de Bizancio, un escritor, entusiasta por la libertad, ha dudado un momento del porvenir de la humanidad (6). Nos parece que no hay nada en el espectáculo de la expiacion que deba hacer desesperar. Los individuos y los pueblos son castigados cuando violan las leyes del orden moral, pero el castigo mismo demuestra su libertad; si tienen la facultad de hacer el mal, tienen tambien la de rehabilitarse. Pero este punto de vista teológico no basta para explicar los destinos de la humanidad. Á traves de nuestros errores y de nuestras expiaciones, caminamos hácia un porvenir mejor; cada momento de la existencia de los individuos y de las naciones es un paso hácia este fin. La decadencia de los pueblos tiene su mision lo mismo que su grandeza. Si el Bajo-Imperio ha vegetado durante varios siglos, es por que en los desig-

(1) HERDER, *Ideen*, XVII, 3.

(2) ROTTECK, *Allgemeine geschichte*, t. IV, p. 21.

(3) CANTÚ, *Historia universal*, t. VII, p. 494.

(4) DE MAISTRE, *Del Papa*, libro I, c. 20; libro IV, c. 9.

(5) BARONIUS, *Annal. eccles. ad a. 512*, t. VI, p. 621.

(6) ROTTECK, *Allgemeine geschichte*, t. IV, p. 139.

nios de la Providencia la raza griega, aunque moribunda, tenía todavía una mision que cumplir en el laborioso desarrollo del género humano.

La antigüedad iba á perecer; pero lo que habia en ella de más valor, su civilizacion intelectual, debía sobrevivirla, á fin de que no hubiese solucion de continuidad en la cadena de los tiempos. La raza germánica estaba llamada á presidir á una era nueva de la humanidad; para desempeñar este alto destino, necesitaba, ademas de su genio, los dos elementos que han contribuido á la civilizacion moderna, el cristianismo y la cultura antigua. En el siglo VII el cristianismo se ve amenazado en su existencia. Los ardientes sectarios de Mahoma invaden tres continentes á paso de carga; llegan á las puertas de Constantinopla; si se apoderan de esta llave de Europa, nada podrá contenerlos. El Occidente no está constituido: la Italia, ocupada, pero no conquistada, por los Lombardos, es demasiado débil para resistir; la monarquía de los Godos de España va á ser destruida en una sola batalla; los Francos, dueños apenas de las Galias y de la Germania, están ya en disolucion; los Carlovingios no han reunido aún la Europa bárbara bajo sus leyes. Si los Árabes se apoderan de Constantinopla, el cristianismo ha concluido. La resistencia de los Griegos salvó á la cristiandad. Cuando más tarde los Árabes trataron de invadir por España el mundo germánico, encontraron en los campos de Poitiers el héroe que les dijo: de aquí no pasaréis.

El mundo germánico se ha salvado, pero es bárbaro, y, segun los designios de la Providencia, la barbárie irá creciendo para extirpar el veneno de la decadencia romana. Sin embargo, la barbárie debe tener fin. La raza germánica está llamada á ocupar un lugar en el desarrollo intelectual; heredera de la antigüedad, debe aquilatar y acrecer tan magnífica herencia. Pero ¿cómo recogerá el legado de la civilizacion antigua? En el Occidente la disolucion de la sociedad produce la ruina de la cultura latina; la lengua y la literatura griega caen en el olvido. Verdad es que la Iglesia conserva restos de la civilizacion antigua, pero se deja invadir por la barbárie general, y su rígida ortodoxia teme el libre movimiento del pensamiento; proscribela filosofía, en cuanto los filósofos se separan del dogma admitido. Los Árabes son los primeros que

traen á Europa la ciencia griega; aun cuando desfigurado, Aristóteles basta para reavivar el genio del Occidente. Pero la Edad Media no conoce aún de la Grecia más que algunos pasajes de filosofía, traducidos en su mayor parte del árabe al latín; no se le han abierto los tesoros de la literatura helénica, que se hallan en Constantinopla. Los Griegos no tienen ya la fuerza de iniciativa de sus antepasados; se limitan á estudiar las obras maestras que les ha legado Aténas. Pero, estudiándolas, las conservan; su celo por la ciencia, multiplica los manuscritos; los comentan con provecho de aquellos que están llamados á utilizarlos. Basta el contacto de los Griegos de Bizancio con el Occidente para reanimar el fuego sagrado de la civilización. Las desgracias de la raza griega esparcieron por el mundo occidental los sabios de Constantinopla. El *Renacimiento* es la gloria de la Grecia; por él se ponen en relación la antigüedad y el mundo moderno y se abre una nueva edad de la humanidad.

La historia es una glorificación de Dios. Nos hace ver el gobierno de la Providencia en la decadencia de los imperios lo mismo que en su grandeza. La raza helénica es privilegiada entre los pueblos; antorcha del mundo antiguo, ha civilizado á Roma, ha preparado el cristianismo y formulado su dogma. Pero habia en su genio mismo un principio de disolución: nació dividida. El paganismo, que era un elemento de su civilización, le dió una tendencia material; de aquí la corrupción, la pérdida de la libertad, el despotismo y la inevitable decadencia. Pero el espectáculo de su decrepitud no debe disgustarnos ni inspirarnos desprecio. Dedicamos una lágrima de compasión á esa brillante nación que se extingue. Debemos estarle reconocidos hasta en el momento de su ruina; ha sucumbido bajo los enemigos del nombre cristiano, después de haberlos contenido por espacio de ocho siglos; ha salvado á la Europa con su lenta agonía, y le ha legado al morir la lengua y las obras maestras que han vivificado la civilización. Adoremos á Dios, que hace servir hasta la decadencia de los pueblos para el perfeccionamiento de la humanidad.

FIN DEL TOMO QUINTO.

---



---

## ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.

---

	Páginas.
Prólogo . . . . .	5
LIBRO PRIMERO.	
LA INVASION DE LOS BÁRBAROS.	
Capítulo I. Mision de los Bárbaros.—El gobierno providencial y la libertad humana. . . . .	43
Capítulo II. Los Bárbaros. . . . .	20
§ I. Estado social de los Bárbaros. . . . .	20
§ II. Principio destructor. . . . .	23
§ III. Principio regenerador. . . . .	27
N.º 1. La libertad individual. . . . .	27
N.º 2. La igualdad. . . . .	30
I. Los hombres libres. La aristocracia. . . . .	30
II. La servidumbre germánica. . . . .	35
N.º 3. Las costumbres. . . . .	37
§ IV. Principio bárbaro. . . . .	40
Capítulo III. La invasion. . . . .	44
§ I. Los Bárbaros dueños del Imperio. . . . .	44
N.º 1. Los Bárbaros llamados por los Romanos. . . . .	44
N.º 2. Los Bárbaros en los ejércitos del imperio. Los <i>Læti</i> . . . . .	46
N.º 3. Los Bárbaros colonos. . . . .	47
N.º 4. Los Bárbaros dueños del imperio. . . . .	48
§ II. La invasion. . . . .	52
N.º 1. Carácter de la invasion. . . . .	52